

LA CONSIGNA “SÉ TÚ MISMO”, ¿ES REALMENTE EVANGÉLICA?

La irrupción de elementos de las filosofías idealistas en la Iglesia, incluso al nivel de altos grados de la Jerarquía, parece haber puesto en peligro su subsistencia. El cual tal vez se habría consumado de no ser por la promesa de su Divino Fundador: *Y las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.*¹

Porque una vez que han sido admitidos los presupuestos del Idealismo, la aparición de sus consecuencias y derivaciones es solamente cuestión de tiempo. Ha sido así como el hombre moderno ha desembocado en una situación en la que ya no siente necesidad de salir de sí mismo para seguir a otro; y menos aún para llevarlo a cabo, llegando hasta la renuncia de la propia vida.

Según estos planteamientos, el hombre se considera ahora como un ser que se basta a sí mismo, una vez convencido de la superfluidad de buscar un Paraíso fuera de este mundo; sino en todo caso solamente en éste en el que vive, puesto que no hay otro. Además, el amor es para él un mero fenómeno fisiológico, en el que no es posible descubrir mucha diferencia, en cuanto a la manera de afrontarlo, entre el ser humano y los animales. De ahí que ya no tenga sentido que el hombre salga de sí mismo para realizar la búsqueda del *otro*, como exige la ley fundamental del amor. El hombre se realiza por sí mismo y dentro de sí mismo, sin necesidad de elementos extraños

¹Mt 16:18.

que lo convertirían en un alienado. Por otra parte, desaparece la persona como tal, diluida en lo social como única entidad consistente; por más que, como es bien sabido, sin realidad personal no queda posibilidad alguna para el amor (que sólo puede darse entre personas). El *conócete a ti mismo* del Oráculo de Delfos queda muy atrás y superado, puesto que ya no es necesario acudir al esfuerzo del autoconocimiento como punto de referencia; y además, ¿para qué...? Una vez que el hombre ha descubierto, por fin, que es solamente él quien se hace a sí mismo.

Los principios de las filosofías idealistas —con sus excrecencias adheridas y derivadas de ellas, como el Marxismo— están muy lejos de haber desaparecido del mundo moderno. La verdad es que impregnan el ambiente en el que se desenvuelve el hombre actual, incluido por supuesto el cristiano. No es de extrañar así que, incluso dentro de la misma Iglesia, el acento se haya desplazado desde Dios al hombre, ni que la antropología haya ocupado posiciones que antes pertenecían a la teología.

En el tremendo esfuerzo que la Iglesia está realizando en la actualidad para recuperar un mundo que se ha descristianizado, muchos Pastores han considerado la necesidad de echar mano de las únicas categorías que el hombre de hoy está dispuesto aceptar, a saber: las suyas propias, las cuales, por ser puramente humanas, suelen estar bastante alejadas de las sobrenaturales. Así es como dio comienzo la tarea de disimular el verdadero contenido de la Revelación, sin detenerse en cuanto a utilizar categorías y conceptos puramente naturales... , para acabar finalmente olvidando de lo que se trataba. Parece increíble que se pueda dar de lado tan fácilmente a las más elementales exigencias del sentido común; como la de que no es razonable emplear el método de disimular o esconder la mercancía con el fin de venderla mejor.

Ciertas nociones clásicas en la Espiritualidad Cristiana, como la de *asimilar la vida de Cristo*, o la de *llegar a ser otro Cristo*, han sido sustituidas por otras como es, por ejemplo, la de *ser uno mismo*. Expresión esta última cuya legitimidad tal vez no pueda ser discutida, pero que evidentemente carece de connotaciones sobrenaturales. Y sin embargo, a pesar de que el cambio es bastante notable, nadie parece haberse apercibido del trueque: la antigua y clásica proclama *sé otro Cristo*, por ejemplo, ha quedado archivada para transformarse en la más brillante y moderna *sé tú mismo*.

Con todo, las modificaciones tienen mucha más importancia de lo que a primera vista pudiera parecer, puesto que ya no se trata de salir de uno mismo para vivir la vida de otro, sino que —muy al contrario— la cuestión se centra ahora en reafirmar la propia identidad. De forma que quedan ya muy lejos las palabras del Señor al respecto: *Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.*² Preciso es reconocer que, si alguien intentara poner de acuerdo a las nuevas consignas —sin olvidar la vieja enseñanza del Oráculo de Delfos— con la revelación neotestamentaria, se iba a encontrar ante una tarea difícil y seguramente imposible de realizar.

Sin embargo, frente a todo lo que pueda parecer, el hombre no llega nunca a conocerse plenamente a sí mismo, ni a realizarse por completo, si se limita a encerrarse en su propio yo. En realidad es necesario que salga de él, en olvido de sí mismo, a fin de buscar y entregarse al *otro*.

Lo que se acaba de decir no tiene nada que ver con las teorías idealistas y personalistas, según las cuales, de un modo general, el hombre no posee una naturaleza fija determinada por el Creador, sino que se va constituyendo y realizando su propio ser en base a las relaciones con el mundo y con los demás: el

²Mc 8:35.

hombre no es, sino que se hace. Por el contrario, para la sana doctrina católica el hombre es un ser completo, tal como ha salido de las manos de su Creador (incluso en su condición de naturaleza caída, ahora, sin embargo, reparada), aunque luego pueda perfeccionar su ser mediante el amor, concretado en la entrega a los demás y el olvido de sus egoísmos. Tampoco son ciertas las nuevas doctrinas progresistas, según las cuales la venida de Jesucristo tuvo por objeto *revelar al hombre lo que es*, puesto que vino en realidad para *redimirlo* (con todo lo que eso conlleva: unión con Jesucristo, recuperación de la filiación divina, etc.). *Perder la propia vida* por Jesucristo, supone que ya se posee previamente una vida personal que *pertenece* al individuo (no se puede perder o entregar lo que no se tiene como propio). San Pablo, mientras que afirmaba que era Cristo quien vivía *en él*, insistía al mismo tiempo en que se trataba de él mismo, según sus conocidas palabras: *Vivo yo, aunque no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí.*³ Por lo tanto, la diferencia entre lo dicho aquí, con lo sostenido por el personalismo, consiste fundamentalmente en que este último se refiere a la constitución de la naturaleza humana como tal y a la mera realización del hombre *en cuanto a lo natural* (las perspectivas sobrenaturales, por mucho que lo disimule, le son ajenas), mientras que aquí se está hablando de un perfeccionamiento y realización de la naturaleza del hombre ya constituida completamente en su ser natural, y del perfeccionamiento y realización del hombre *en cuanto al destino sobrenatural que le ha sido otorgado* y que, no obstante, tampoco prescinde de su ser natural ya completo (la gracia no anula, sino que perfecciona la naturaleza).

En el seno de la Trinidad, la Idea que el Padre tiene de Sí mismo es otra Persona —la del Verbo—, hasta el punto de que cuando *se mira a Sí mismo ve a otro*; idéntico a Él mismo, en identidad numérica de Esencia, pero distinto a Él en cuanto Persona.⁴ Cuando el hombre se mira a sí mismo, limitándose a considerar su propio yo, solamente puede saber lo que es capaz de ser *negativamente* —y aquí ha de ser tenido en cuenta todo el misterio de la naturaleza caída y de la infinita malicia del pecado—; mientras que para saber *positivamente* lo que es capaz de hacer, ha de olvidarse de sí mismo y

³Ga 2:20.

⁴Sin que sea necesario añadir que esta doctrina solamente es aplicable al ser humano teniendo en cuenta la analogía.

mirar a Jesucristo. Únicamente entonces es cuando puede decir con toda verdad: *Ecce Homo*.⁵

Hacer creer al hombre que se basta a sí mismo es impedirle sentir la necesidad de seguir a Jesucristo. Tal seguimiento ya no tendría sentido, puesto que —cabría preguntar— ¿de qué podría servir tal cosa a un ser que ya lo tiene todo? Por otra parte, ¿qué razón sería ahora capaz de justificar la exigencia de perder la propia vida? Encerrar al hombre en sí mismo no es otra cosa, por lo tanto, que destruir en él toda posibilidad de amar y de ser amado. Con lo que se lleva a cabo un ataque directo y decisivo al corazón mismo del Amor. Al Amor, que desaparecería del mundo si alguna vez el hombre, por alguna incomprensible locura, llegara a quedarse definitivamente en la soledad del propio yo.

Como puede verse, emplear expresiones que tal vez suenan bien a los oídos de la modernidad, pero sin plena conciencia de su contenido, puede convertirse en un arma peligrosa.

La consigna que tiende a animar a los jóvenes para que sean *ellos mismos*, corre el peligro de no caer en la cuenta de la ambigüedad de la expresión y de los peligros que encierra. Pues lo fundamental para el cristiano no es el hecho de vivir su propia vida, sino la de Cristo (Ga 2:20).

El hombre solamente consigue ser *él mismo* (puesto que le ha sido otorgado un destino sobrenatural y Dios es su último fin) cuando, olvidándose de lo suyo, sale de sí mismo y pierde (o entrega) su propia vida por amor. La cual es doctrina específica del cristianismo, y de ninguna manera una especie de verdad *per se nota* (evidente por sí misma). Si no se explica, se corre el peligro de que los jóvenes entiendan la expresión *sé tú mismo* de un modo puramente humano,

⁵ *He aquí al Hombre* (Jn 19:5). Recuérdese lo dicho más arriba acerca de que se trata de su perfeccionamiento *en el orden sobrenatural*.

sin las connotaciones sobrenaturales con las que la Revelación ha enriquecido los conceptos del amor y el del mismo hombre.

El procedimiento de insistir más en lo que suena, según lo que prevalece en el ambiente, que en el verdadero contenido de unos conceptos cuyo sentido sobrenatural se pasa por alto, pretende tal vez conseguir la aceptación de una doctrina de por sí difícil; aunque sin caer en la cuenta de que de este modo queda mutilada y, por lo tanto, falseada en la misma medida; ni de que tampoco por eso se hace más atractiva. Puede parecer, a primera vista, que el Sistema es eficaz en cuanto a presentar una doctrina como más fácil de llevar a cabo. Aunque el procedimiento, sin embargo se convierte en inútil al privar a la doctrina de su contenido y, por lo tanto, también de su verdadero atractivo; lo que tiene una importancia mayor cuando se trata de los jóvenes: ha sido dispuesto que sólo los violentos arrebatan el Reino de los Cielos (Mt 11:12).

La Pastoral católica necesita convencerse de que hacer desaparecer del Evangelio cualquier tipo de aristas y mordientes, a fin de que pueda ser aceptado por el mundo, es un método ineficaz y peligroso. El cristianismo es una auténtica *novedad*, de tal manera que deja de ser cristianismo en la medida en que deja de ser novedad. Pero al perder lo mejor de su atractivo ya no es capaz de seducir a los hombres, y menos todavía a los jóvenes, que son precisamente a quienes más atraen las *novedades*. De ahí la urgencia de que la Pastoral de Jóvenes deje de estar dirigida por viejos de espíritu que, con demasiada frecuencia, tienden a no creer en la Juventud. Ciertas expresiones, como las halladas en algún *Concilio de Jóvenes* (celebrado en Taizé en épocas cercanas al Vaticano II), manifiestan una evidente manipulación de la Pastoral de la Juventud por parte de personas mayores: seguramente los jóvenes habrían ideado, por ejemplo, reunirse o encontrarse de cualquier manera; pero jamás bajo la forma de un *Concilio*. Estas actitudes difícilmente pueden ser

salvadas de la acusación de demagógicas, puesto que parecen estar convencidas de que sus planteamientos agradan a los jóvenes y de que la juventud no puede entender ni aceptar otra cosa. Olvidan, no obstante, que a los jóvenes no les agrada normalmente ser *ellos mismos*, sino que más bien casi siempre desean ser *diferentes*; incluso aquéllos que, o bien han aceptado su propia derrota (los desarraigados, los drogadictos o los entregados al alcohol y al sexo), o bien protestan del mundo tomándolo a broma. No comprenden que lo que realmente seduce a los jóvenes es la búsqueda de un cierto *otro* —con mayúscula o con minúscula—, con cuyo hallazgo piensan llegar a ser diferentes y cambiar el mundo. Es un tanto simple creer que la rebeldía de la Juventud se refiere solamente al mundo en el que vive, sin caer en la cuenta de que la Juventud siempre se ha incluido a sí misma en la protesta. La verdadera Juventud, o aquella que por serlo es realmente rebelde, nunca ha estado contenta consigo misma, y de ahí que su situación y su modo de ser hayan sido siempre las primeras cosas que ha cuestionado. No tenerlo en cuenta, es pretender acercarse a la Juventud con planteamientos ingenuos, propios de personas mayores de vida más bien mediocre, ajenos a las formas de pensar de los Jóvenes. Y, en cuanto a la creencia de que los Jóvenes no son capaces de aceptar un cristianismo sin mitigaciones y lleno de contenido sobrenatural, no hace demasiado favor a la Juventud y más bien la subestima. Parece como si algunos, sintiéndose marchitos por los años y un tanto desesperanzados, fueran incapaces de creer en una Fe joven y decidida, por mucho que pregonen lo contrario. Una actitud muy distinta a la del Apóstol San Juan, que creía firmemente en la Juventud: *Os escribo a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y porque habéis vencido al Maligno.*⁶

⁶1 Jn 2:14.